

**SEUDÓNIMO:  
BALDOMERO ALFRE**

## LA PUERTA DIEZ

No puede ser. Esto no puede estar sucediendo...

El muchacho aflojó nervioso el nudo de la corbata, se plantó frente a la puerta y miró con desesperación al que le franqueaba el ingreso. No es posible, tengo la entrada.

El otro se encogió de hombros. Por acá, no pasa más nadie.

Sus palabras le retumbaron inexplicables. Hay que venir antes... Como si fuese que uno está sentado en su casa esperando pasar el reloj. Si supiera este tipo la corrida que hizo para llegar al Gigante. Este no sabe lo que es dejar todo y aun así, arribar con lo justo. Las escapadas, los arreglos, los trucos que hay que inventar para estar a tiempo en la cancha.

Cuando los partidos de fútbol se juegan en día y horario laboral tiene que ingeniárselas para ver a su Central querido. Una excusa al jefe, un pacto con los compañeros que le hacen la gamba, un llamado a la vieja y luego, en el camino de regreso, algo se le ocurrirá para contentar a la novia.

La camiseta guardada debajo del saco, la camisa y la corbata. Al juzgado no me vas a ir con la gloriosa, le advirtió un día el secretario. Vos sos muy capaz, hacés cualquier cosa por ver a Central. Y tiene razón, vaya si la tiene. Cualquier cosa por ver a Central, su Central.

Por acá no entra más nadie, se planta el hombre grueso y de rostro duro. Parapetado en una de las bocas de acceso al estadio, ya no deja ingresar.

Haceme este favor y te camino hasta Luján, Dios. Mirá lo que te digo - hasta Luján y al Gauchito - pero dejame entrar. Se sorprendió emitiendo promesas sin distinción de credo ni estamentos. No era lo que se dice - un hombre estrictamente religioso - pero una final lo justifica, pensó.

Más vale será que te vayas regresando y lo escuchés por radio, sentenció el del control burlándose.

Primero lo sospechó. Luego casi no tuvo dudas, el tipo debía ser de los otros...

El grito de un chiquillo que vendía gorro, bandera, vincha lo devolvió a la realidad. Como en una pesadilla, aún con entrada en mano, se quedaba afuera.

Escuchó con claridad a la voz del Estadio que anunciaba las formaciones. Potente, emotiva, solemne. Un silbido interminable se interpuso en el aire al nombrar a los rivales y un rechazo universal rugió al turno de la terna arbitral.

Bomberos, masculló como si el referí o el lineman, pudiesen oírlo.

Después uno a uno, los nombres se le hicieron conocidos. Los “nuestros”, anunció la voz. Carnevali. Craiyacich, Bauza, Ghielmetti, García. Gaitán, Palma, Bacas. Orte, Teglia y Marchetti. Un aplauso generalizado. Luego Don Ángel, el banco de suplentes y una ovación.

Miró hacia arriba, como si implorara al cielo. Volvió a ver al tipo desagradable de la puerta. Se mantenía firme y además, había agregado una reja pequeña sobre la que se apoyaba con displicencia. Un estruendo lo hizo reaccionar. Es la hora, se lamentó. No podía creerlo. Se iba a quedar sin ver la final del Nacional.

De repente, un silencio. Total, tremendo. Un espacio de nada. Sólo un instante y a continuación, lo más parecido a un terremoto. No tuvo tiempo de contemplar la escena. No supo cuántos eran. No pudo calcularlo. Todo se mezcló con una fuerza incontenible. Una mixtura hecha de camisetas inundó la calle Cordiviola esparciéndose de un extremo a otro. Al silencio le sobrevino una explosión de sonidos, gritos y cantos.

Es la hinchada, musitó.

Después se dejó abrazar, invadir. Acariciar, mezclar, embestir. Un maremoto de pasión azul y amarillo lo envolvió sin darle tiempo a nada. Entonces, como si una fuerza inexplicable lo impulsara hacia adelante, empujó y entró.

Baldomero Alfre  
Noviembre de 2018